



gnósticos ciertas opiniones que correspondían exactamente con los errores condenados por San Juan. Así se han aclarado algunas expresiones antes ininteligibles, y se ha probado que la serie de proposiciones ó axiomas sin enlace aparente, con que comienza el primer capítulo de San Juan, y que parece que insisten inútilmente sobre puntos de poco interés para nosotros, se dirigían contra unas doctrinas impías refutadas en el mismo Evangelio.

La literatura samaritana presenta también un ejemplo de una dificultad resuelta por el conocimiento de las opiniones de una secta oriental adquirido en los tiempos modernos: dicha secta traía su origen de los judíos, á lo ménos en parte; subía á una época antiquísima de su historia, y no reconocía otros libros sagrados que los de Moisés. El odio religioso de los samaritanos á los judíos era violento; y como no se pudieron reconciliar jamás, no parece probable que una de las dos sectas quisiese tomar sus opiniones de la otra. En el capítulo IV de San Juan declara una mujer samaritana que cree en la venida próxima de un Mesías, y después de ella confiesan públicamente los habitantes de la ciudad que están en la misma expectación. ¿No parece justo improbable? Seguramente. El Pentateuco sólo difícilmente podía dar motivo para una creencia tan arraigada y general. Crece la dificultad cuando reflexionamos que los samaritanos no refieren al Mesías el único pasaje que en los libros de que se trata puede sugerir al parecer esta doctrina con bastante claridad; hablo del capítulo XVIII, v. 15, del Deuteronomio: «El Señor vuestro Dios te suscitará un profeta, etc.» Gesenio ha probado en su Ensayo acerca de la teología de los samaritanos, que estos no aplican de ningún modo dichas palabras á la venida de Cristo (1); y sin embargo, tenemos hoy todas las pruebas que podíamos desear sobre este punto, porque los samaritanos, que se hallan reducidos ahora á unas treinta familias en Nabluz, profesan todavía la fe en la venida de un Mesías, á quien llaman Hathab. Durante el último siglo se siguió correspondencia con ellos (que publicó Schnurrer (2), para ilustrar la cuestión; y el resul-

(1) *De samaritanorum theologia*, Halle, 1822, página 45.

(2) *Bichhorn's, biblisches repertorium*, IX, th. S. 27. Había habido otras correspondencias semejantes entre los pocos samaritanos que quedan, y Escaligero, Ludolf y la universidad de Oxford. (Véanse las *Memorias sobre el estado actual de los samaritanos*, por Sacy).

tado es precisamente el que debía ser para confirmar la narración del Evangelio. Los poemas samaritanos de la biblioteca bodleyana que ha publicado Gesenio, prueban todavía con más firmeza la misma conclusión, y parece que se expresa claramente en ellos la expectación de un Mesías (1). Así el conocimiento moderno de las doctrinas de los pocos samaritanos que quedan, ha dado viva luz acerca de un pasaje, que sin eso sería aún algo oscuro para nosotros.

Después de haber visto cuánto nos ha servido la filosofía extranjera para justificar las expresiones, y por consiguiente para explicar las palabras de la Escritura, torzamos la proposición, y veamos si con la ayuda de la Escritura podríamos ilustrar algún tanto la filosofía de las otras naciones orientales, y destruir así las objeciones opuestas á nuestra religión. De este modo volveremos á la filosofía oriental, de que nos hemos desviado algo.

Se ha descubierto una semejanza extraordinaria entre algunos de los principales misterios del Cristianismo, y ciertas expresiones que se hallan en la filosofía de Oriente. Probablemente en la célebre epístola de Platon á Dionisio de Siracusa, se halla algún rastro de creencia en la Trinidad. Filon, Proclo, Salustio el Filósofo, y otros platónicos, contienen indicaciones aún más claras de semejante creencia, y se ha convenido que sólo podía haberse sacado de la filosofía oriental, en la que pueden descubrirse todos los demás dogmas del platonismo.

Los progresos hechos en las investigaciones asiáticas, han dejado fuera de controversia esta suposición. El Oupnekhat, compilación persa de los Vedas, contiene varios pasajes aún más análogos á las doctrinas cristianas, que las alusiones de los filósofos griegos. Solamente citaré dos, sacados de los extractos que hizo de esta obra el conde Lanjuinais: «El Verbo del Criador es también el Criador y el gran Hijo del Criador. *Sat* (es decir la verdad) es el nombre de

(1) *Carmina Samarita e codicibus londinensibus et gothanis*, Leipz., 1824. Según las objeciones hechas por varios críticos, no se inclina Gesenio á sostener que este versículo encierra una alusión al Mesías, y conviene en que puede interpretarse de diferente modo. Mas como sabemos que la palabra usada allí *hathab* (el convertidor) es el nombre samaritano que significa Mesías, me parece que no hay motivo para apartarse de la primera interpretación de Gesenio. En todo caso, su comentario sienta sobre un fundamento más seguro que antes las pruebas que nosotros damos para demostrar que los samaritanos creían en la venida de un redentor.



«Dios, y *Trabrat*, es decir, tres veces haciendo sólo uno (1).»

De todas estas coincidencias es preciso limitarse á deducir, que las tradiciones primitivas sobre las doctrinas religiosas se han conservado entre diferentes naciones; pero los enemigos del Cristianismo, en vez de sacar esta conclusión, se aprovecharon ansiosamente de ellas, para hacer armas contra el divino origen de nuestra religión. Dupuis recopiló todos los pasajes que podían hacer todavía más patente la semejanza, sin desperdiciar las obras sospechosas de Hermes Trismegisto, y concluyó que el Cristianismo no era otra cosa que una emanación de la escuela filosófica, que floreció en Oriente mucho antes de la venida de nuestro divino Salvador.

Mas si una escuela ha tomado esta doctrina de otra, debe ahora confesarse que la misma investigación que extendió los puntos de semejanza de que hemos hablado á las diferentes escuelas filosóficas de Oriente y Occidente, nos ha hecho conocer al mismo tiempo su origen común. Hoy es cosa probada que la China tuvo su escuela platónica; y las doctrinas de su fundador Laotseu tienen una semejanza tan patente con las opiniones de la Academia, que no pueden ménos de considerarse como vástagos de la misma familia. Los primeros misioneros habían publicado algunos extractos de sus escritos y algunas circunstancias de su vida; pero los unos eran incompletos y las otras fabulosa en parte; debemos á Abel Rémusat una memoria satisfactoria é interesantísima sobre ambas materias (2). No sólo se expresan los principios fundamentales de Platon en las obras de Laotseu, sino que el erudito orientalista francés ha notado también semejanzas de expresión, que no pueden explicarse sin admitir algún punto de contacto entre el filósofo ateniense y el sábio chino Laotseu. La doctrina de una trinidad está expuesta con demasiada claridad en los escritos del último, para que deje de comprenderse; pero especialmente en cierto pasaje se expresa del modo más interesante.

«Lo que buscáis y no halláis, se llama J; lo que escucháis y no oís, se llama hi (la letra H); lo que vuestra mano busca y no puede tocar,

(1) *Diario asiático*; Paris, 1823. El nombre de Oupnekhat es corrupción de la palabra india Upnishad.

(2) *Memorias sobre la vida y las opiniones de Laotseu, filósofo chino del siglo VI antes de nuestra era*, que profesó las opiniones comunmente atribuidas á Pitágoras, á Platon y á sus discípulos; Paris, 1823.

se llama wei (la letra V); estas tres son impenetrables, y reunidas, no forman más que una sola. La primera no es más brillante, y la última no es más oscura. Esto es lo que se llama forma sin forma, imágen sin imágen, un sér indefinible. Subid, y no hallareis su principio; bajad, y no podreis descubrir dónde acaba (1).»

No hay necesidad de extenderse en comentar este pasaje extraordinario, que contiene claramente la misma doctrina que he citado con referencia á otras obras. Me limitaré á advertir con Abel Rémusat, que el nombre extraordinario dado á esta esencia trina una, se compone de tres letras: J, H, V, porque las sílabas expresadas en el texto chino no tienen sentido en esta lengua, y de consiguiente son la representación de las letras solas. Es, pues, un nombre extranjero, y en vano le buscaríamos fuera de la nación judía. Su nombre inefable, según era llamado, y que nosotros pronunciamos Jehovah, se halla desfigurado de diversas maneras en los misterios de muchas naciones paganas; pero en ninguna lo está ménos que en este pasaje del filósofo chino, y ciertamente no pudiera haberse expresado en su lengua de un modo que más se acercase á la palabra original.

El erudito orientalista francés está muy distante de ver ninguna inverosimilitud en esta etimología; al contrario, trata de apoyarla con argumentos históricos; examina las tradiciones, disfrazadas á veces con fábulas, que existen aún entre los sectarios de Laotseu, y deduce que el largo viaje de este último á Occidente sólo pudo efectuarse antes de publicar sus doctrinas. No titubea en suponer que este viaje filosófico pudo extenderse hasta la Palestina; pero aun cuando Laotseu no hubiese pasado de la Persia, el reciente cautiverio de los judíos le hubiera dado ocasiones de conversar con ellos (2). Por otra coincidencia singular,

(1) *Iao* es probablemente la forma griega que más se acerca á la verdadera pronunciación de la palabra hebrea; aun pronunciando la china J-hi-wei, según sus sílabas, nos acercamos más al hebreo Jehovah, según le pronuncian los hebreos orientales, que los chinos al nombre *Christus* en la palabra Chi-li-tu-su.

(2) «Efectivamente, si se quieren examinar las cosas sin preocupacion, no hay inverosimilitud en suponer que un filósofo chino viajase por la Persia ó por la Siria en el siglo VI antes de nuestra era» (página 13). «Es tradición admitida entre sus sectarios, que antes de nacer había andado errante su alma por los reinos occidentales de la Persia (página 29).»



era casi contemporáneo de Pitágoras, que visitó el Oriente para instruirse en la misma doctrina, y quizás llevó á su patria los mismos misterios que este filósofo.

Algunos autores, cuyo nombre es de algun peso, adoptan estas conclusiones de Abel Rémusat, ya las hagamos una cuestion de filosofía, ya las consideremos bajo el punto de vista filológico. Windischman, á quien he citado ya, y de quien todavía tendré ocasion de hablar, parece que mira como muy dignas de consideracion las razones en que se funda Abel Rémusat (1). Klapproth defiende igualmente la interpretacion de este último contra la objecion de Pauthier, y hace observar que aunque no cree que pueda existir el nombre de Jehovah en lengua china, no ve nada de improbable en la idea de su docto amigo, y sostiene que no se ha profundizado bastantemente la interpretacion dada por él (2).

Segun este ejemplo, es muy verosímil, si se descubre alguna conexcion entre las doctrinas que se dieron á los judíos y las del mismo género que se hallan en otras naciones antiguas, que estos las sacaron de los lugares que cerraban el depósito de las verdades reveladas. Esto nos prueba tambien que en otras circunstancias pudieron efectuarse iguales comunicaciones, y pone término á las varias objeciones de los escritores, que, como los ya citados, suponen que los dogmas del cristianismo se tomaron de la filosofía pagana.

En consecuencia de estas aplicaciones parciales, consideremos el progreso general que se ha hecho en un ramo de las investigaciones relativas á la filosofía oriental, y se ha empleado mucho tiempo como una arma formidable contra la Escritura. Ya se recordará cómo quedaron reducidas á muy ruines proporciones las pretensiones de la astronomía y astrología de los indios á una antigüedad exagerada, y que yo reservé para esta ocasion el exámen de la época que conviene fijar á la literatura filosófica de la India. No necesito decir que los incrédulos del último siglo no exageraban ménos la antigüedad de los libros sagrados de los indios, en que se contienen sus sistemas religiosos y filosóficos, y se llaman Vedas; en efecto, se les daba una antigüedad tan extravagante, que en comparacion suya los libros de Moisés eran obras modernas. Debe ser muy interesante probar hasta qué punto han confirmado ó refuta-

(1) *Die philosophie, etc.*, Erst. Th. Bonn, 1827, página 404.

(2) *Memoria sobre el origen y propagacion de la doctrina del Tao.*

do esta opinion los grandes progresos que hemos hecho en la literatura sanscrita.

La primera consideracion que debé chocarnos, es que las obras de esta naturaleza son las que con más facilidad toman la apariencia de antiguas; cierta sencillez de estilo y los pensamientos místicos inclinan el ánimo á atribuirles una antigüedad, que no puede verificarse con fechas ú observaciones científicas como en los otros ramos de la literatura ó de las ciencias. Mas al mismo tiempo debemos denotar, que cuando se ha probado contra exageradas pretensiones que los demás ramos de la literatura de una nacion son comparativamente modernos, cualquier otro que participaba el honor inmerecido de una remota antigüedad, puede tambien con gran apariencia de justicia quedar reducido al mismo lugar que los otros. Así pues, habiéndose considerado la filosofía moral de los indios como una parte de esa literatura tan antigua de la India, bien puede ceder á lo ménos en parte á vista de las investigaciones que han quitado su antigüedad imaginaria al todo á que pertenecia.

Pero no se han omitido las indagaciones especiales que dan resultados más individuales y patentes. Tomemos primero la suposicion extrema que favorece con especialidad á nuestros adversarios. Sin duda se mirará como competente la autoridad de Colebrooke para decidir las cuestiones que se refieren á la literatura sanscrita, cuya importancia y valor nunca ha estado dispuesto á rebajar. Pues bien; toma por fundamento de sus cálculos la ciencia astronómica que se descubre en los Vedas y concluye por algunas fechas de estos que su antigüedad no sube más allá del año 1400 antes de Jesucristo (1). Remota antigüedad, direis vosotros; pero al cabo se necesitan unos doscientos años para que llegue al siglo de Moisés, y coincide con la época de madurez de las artes en Egipto.

Hay investigaciones más recientes sobre esta cuestion, que me parecen todavía más notables por sus resultados, fuera de que son muy dignas de interés por la nombradía de su autor el doctor Federico Windischmann (2), no sólo por su brillante talento y ciencia profunda en la literatura y filosofía sanscritas, sino especialmente por sus nobles cualidades, su amable carácter y sus virtudes, que serán algun dia, el ornamento de la carrera eclesiástica á que ha

(1) *Investigaciones asiáticas.*

(2) *Federici Henr. Hug. Windischmanni Sancara, sive de theologumenis Vedanticorum*, Bonn., 1833, página 52.



consagrado su vida. Exento del menor deseo de exagerar ó disminuir la antigüedad de los Vedas, que ha estudiado cuidadosamente, ha reunido con habilidad todas las fechas de estos libros para determinar su edad verdadera. Pues lo que llama más particularmente la atencion en estas investigaciones, es el ver que todo el empeño de los filólogos sanscritos se limita indudablemente á evitar que sea muy despreciada su literatura predilecta, y como en vez de reclamar un número extraordinario de siglos para ella, segun el espíritu de los escritores anteriores, reducen los esfuerzos de su celo á una época razonable antes de la era cristiana. La argumentacion del mi escritor amigo es simplemente esta. La Instituta de Menu parece, segun pruebas sacadas de ella misma, que se estableció antes que prevaleciera, á los ménos completamente, la costumbre de sacrificarse en toda la península del Ganges; y como sabemos por los escritores griegos del tiempo de Alejandro que esta ceremonia se practicaba entonces, la obra debió componerse antes de esta época. Ahora bien: la Instituta supone la existencia de los Vedas, porque los cita, y declara que los compuso Brahma. Conozco que esta argumentacion, presentada así, no hace resaltar los profundos conocimientos que acredita nuestro autor en la lengua sanscrita, y en el contenido de estos Libros Sagrados. Todos los principios que sienta están contenidos con una riqueza de erudicion que pocos hombres son capaces de apreciar completamente. Lo mismo debe decirse de sus demás argumentos, que consisten principalmente en probar por medio de investigaciones filológicas interesantes para sólo los iniciados, que el estilo de los Vedas es mucho más antiguo que el de ninguna otra obra escrita en la misma lengua (1). No obstante, sus conclusiones no son afirmativas; conceden á los Vedas una antigüedad sin duda, pero no tal que pueda asustarse el ánimo más tímido.

Después de haber tributado justicia, aunque tan débilmente, á este sábio autor, temo ser todavía ménos capaz de rendir el competente homenaje á su padre, cuya fama como filósofo es tan grande en Europa, que me dispensa de hacer ninguna observacion preliminar respecto de él, fuera de que si las hiciera pareceria que me dejaba llevar de los sentimientos de admiracion y respecto que le profeso. Este sábio universal y profundo ha coordinado de la manera más hábil y completa todos los mate-

(1) Pag. 58 y sig.

riales conocidos sobre la filosofía india, en la obra que ya he citado. Considérala, no tanto bajo el respecto cronológico, cuanto en su incremento interior y natural, y procura descubrir en cada parte de los sistemas que la componen los principios que la han animado y penetrado todos sus elementos. En este género de investigaciones, en que se necesita reunir á un tiempo una multitud infinita de hechos, y poseer un vigor intelectual capaz de profundizar en aquel caos y separar la luz de las tinieblas, Windischmann ha salido con su empresa mucho mejor que todos los escritores; examina las diversas épocas del sistema bramínico por las doctrinas y principios que florecieron en las mismas, y los resultados que consiguen son tales, que al paso que atribuye gran antigüedad á los libros indios, le proporcionan estos una confirmacion evidente de los hechos narrados en la Biblia; porque la época ó período más antiguo de la filosofía de los brahmas presenta segun él la imagen exacta de los tiempos patriarcales descritos en el Pentateuco (1).

Mas hay otro autor de merecida nombradía entre los historiadores de la filosofía, que está muy lejos de admitir las presunciones ó argumentos aventurados por los orientalistas en favor de una antigüedad tan remota. Ritter, profesor de la universidad de Berlin, ha examinado con suma penetracion todas las pruebas dadas en apoyo de esta opinion. Desecha los ratiocinios ó más bien las conjeturas astronómicas de Colebrooke, por no fundarse en ninguna fecha positiva ó calculable (2), y tampoco descubre más fuerza en los argumentos sacados de la antigüedad aparente de los monumentos indios ó de la perfeccion de la lengua sanscrita. «Porque el gusto, dice, de los monumentos gigantescos no sube necesariamente á una data tan antigua; algunos fueron levantados en tiempos comparativamente modernos. Por otro lado, una lengua suele recibir de pronto su perfeccion característica, y así no se puede hallar en ella un criterio cierto de antigüedad, á no ser que se la considere bajo el respeto de las diversas épocas que presenta (3).» El modo de argüir de Ritter, más bien se dirige á destruir la supuesta antigüedad de la filosofía india, que á sentar ninguna teoria nueva; sin embargo, concluye que el origen de un verdadero sistema de filosofía no debe subir

(1) *Die philosophie, etc.* Zweiter, Buc., pág. 600 y siguientes.

(2) *Geschichte der philosophie*. I Th. Hamb., 1829, pág. 6.

(3) Pág. 62.



más allá del reinado de Vikramaditja, unos cien años antes de la era cristiana (1).

No quiero dejar los escritos filosóficos de los indios sin dar un ejemplo de la facilidad con que algunos hombres que se envanecían con el nombre de los incrédulos, se acomodaban á cualquier asercion que parecía hostil al Cristianismo. En el último siglo, Saint-Croix publicó con el título de *Ezur-Vedan* una obra india, cuyas doctrinas eran esencialmente cristianas (2). Voltaire se aprovechó de ella como de una prueba de que las doctrinas del cristianismo eran tomadas de los paganos, y declaró que aquella obra era de una antigüedad asombrosa, y que la había compuesto un brahama de Seringhan (3). Pues escuchad la historia de este libro maravilloso.

Quando sir Alejandro Johnston era jefe de la justicia en Ceylan, fué comisionado para formar un código de leyes para los naturales del país; y deseoso de consultar las mejores obras indias, y sobre todo de cerciorarse de la autenticidad del *Ezur-Vedan*, hizo diligentes investigaciones en las provincias del Sur, y tomó informes en las pagodas más célebres, particularmente en las Seringhan; pero sus esfuerzos fueron vanos, y no pudo hallar noticias ni del brahama, ni de la obra que decían había compuesto. Llegado que hubo á Pondichery, obtuvo licencia del gobernador para examinar los manuscritos de la biblioteca de los Jesuitas, que no se había deshecho después de la salida de estos religiosos de la India; y entre dichos manuscritos descubrió el *Ezur-Vedan* en sanscrito y en francés. El señor Ellis, regente del colegio de Madras, le examinó cuidadosamente, y por fortuna descubrió que el docto y piadoso misionero Roberto de Nobilibus, sobrino del cardenal Belarmino y pariente cercano del papa Marcelo II, había compuesto el original, el texto sanscrito, en el año 1621, con el intento absolutamente de proteger el Cristianismo (4).

De la filosofía podemos pasar ahora á examinar lo que han hecho en pro de la Religión los progresos de la historia oriental, y me contentaré con uno ó dos ejemplos.

Isaias nos dice en el capítulo XXXIX que Merodach Baladan, rey de Babilonia, envió una embajada á Ezequías, rey de Judá. Este rey de Babilonia no vuelve á aparecer en la

(1) Pág. 120 á 124.

(2) *Ezur-Vedan* ó *Antiguo comentario del Vedam*. Verdun, 1728.

(3) *Siglo de Luis XV.*

(4) *Investigaciones asiáticas.*

Historia Sagrada, y el hecho mismo presenta una dificultad grandísima, porque todavía estaba floreciente el reino de los asirios y Babilonia no era más que una dependencia suya. Sólo nueve años antes se dice que Salmanasar, el monarca asirio, trasportó los habitantes de Babilonia á otros lugares (1); y Manasés pocos años despues fué llevado cautivo á Babilonia por el rey de Asiria (2). Hacia la misma época el profeta Miqueas habla tambien de una traslacion de los judíos á Babilonia, al paso que hace mencion de los asirios como de sus más temibles enemigos (3). Todos estos ejemplos prueban incontestablemente, que en tiempo de Ezequías dependía Babilonia de los reyes de Asiria. ¿Qué era, pues, Merodach Baladan, rey de Babilonia? Si no era más que el gobernador de esta ciudad, ¿cómo podía enviar una embajada de felicitacion al soberano judío, que entonces estaba en guerra con su monarca? Las listas de Ptolomeo no nos presentan ningun rey de este nombre, y su lugar cronológico parece que no puede conciliarse con la Historia Sagrada.

Hubiéramos quedado en esta duda y oscuridad sin poder explicar la contradiccion aparente de este texto con otros pasajes, si los progresos hechos en los estudios orientales en nuestros dias no hubieran proporcionado el descubrimiento de un documento de la más venerable antigüedad, un fragmento nada ménos de Beroso, conservado en la crónica de Eusebio. La publicacion de esta obra en el estado más perfecto (4), segun la traduccion armenia, nos dió á conocer el fragmento de que se trata; y tengo la satisfaccion de decir que Gesenio, á quien me ha sido preciso citar como nuestro adversario, es el autor á quien debemos el uso que se ha hecho de él (5).

Este fragmento interesante nos manifiesta que despues que el hermano de Sennaquerib hubo gobernado á Babilonia en calidad de vi-rey de Asiria, se apoderó injustamente del mando supremo Acises, y á los treinta dias fué asesinado por Merodach Baladan, quien usurpó la soberanía por seis meses. Al cabo de este tiempo fué muerto á la vez y reemplazado por Elibus; pero á los tres años reunió Sennaquerib un ejército, presentó la batalla al usurpador, le venció y le hizo prisionero, y habiendo reducido de nuevo á la obediencia la ciudad

(1) Lib II (IV) de los Reyes, VII, 24.

(2) II Paralip., XXXII, 2.

(3) Miqueas, IV, 10.

(4) *Eusebii Chronicon*; Venet., 1818.

(5) *Commentar über den Jesaja Drst.* Th. 3, Abth.



de Babilonia, dejó de gobernador á su hijo Assordan, el Essarhaddon de la Sagrada Escritura.

No hay más que una diferencia aparente entre este fragmento histórico y la narracion de los Libros Santos, porque estos ponen la muerte de Sennaquerib y el advenimiento de Essarhaddon al trono, antes de la embajada que envió á Jerusalem Merodach Baladan (1). A esto responde Gesenio con exactitud, que el Profeta siguió este órden para terminar la historia de los monarcas asirios, y no volver á tratar de ella por no tener ninguna conexion con la materia de que habla; además, por medio de este órden queda la profecía relativa al asesinato de Sennaquerib estrechamente ligada con la historia de su cumplimiento (2). Por otra parte, esta solucion que supone algun intervalo entre la vuelta de Sennaquerib á Ninive y su muerte, se hace probable por las palabras del texto mismo: «fué y volvió y residió en Ninive, y sucedió, etc.» Hay más: viene á ser cierta por los cálculos cronológicos, porque es incontestable que la expedicion de Sennaquerib á Egipto debió efectuarse en el primero ó segundo año de su reinado (714 antes de Jesucristo), supuesto que el cap. XX de Isaias habla de Sargon, como que ocupaba el trono antes de este acontecimiento (716). Mas segun Beroso, al fin del fragmento citado más arriba, Sennaquerib había reinado diez y ocho años cuando le asesinaron sus hijos; por consiguiente, debió vivir muchos despues de su regreso á Ninive (3). Así, lo que nos dice Beroso (que la rebelion de Babilonia ocurrió en el reinado de Sennaquerib) no está de ningun modo en contradiccion con el texto sagrado, y una vez desvanecida esta única dificultad, el fragmento destruye todas las objeciones posibles contra la exactitud de aquel texto.

En efecto: se nos explica perfectamente cómo hubo un rey, ó más bien un usurpador en Babilonia, cuando esta ciudad era realmente una provincia del imperio asirio. Era muy natural que habiéndose apoderado del trono este Merodach Baladan, tratase de formar liga y alianza con los enemigos de su soberano contra quien se había rebelado. Ezequías, que había sacudido como él el yugo de los asirios (4), y formado poderosa alianza con el rey de Egipto, debía ser su primer recurso. Por otra parte, no podía haber una embajada más grata que esta al monarca judío, que estaba vecino al

(1) Isaias, XXXVII, 38.

(2) *Ibid.*, v. 7.

(3) Gesenio.

(4) Lib. II (IV) de los Reyes, XVIII, 7.

enemigo comun, y debía alegrarse de que se hiciera una division en su favor por medio de una rebelion en el seno mismo del reino de aquel enemigo (1). De ahí provenian las excesivas consideraciones que manifestó á los enviados del usurpador, y que ofendieron tanto al profeta Isaias, ó más bien á Dios, que este predijo entonces la cautividad de Babilonia por boca de dicho profeta (2).

Las luces que últimamente se han conseguido respecto de un culto religioso del Tibet, nos dan otro ejemplo de la utilidad que pueden proporcionar los progresos de las investigaciones históricas en Oriente. Cuando la Europa tuvo noticia de aquel culto por la primera vez, no pudieron ménos de llamar su atencion las analogías que presentaba con los ritos religiosos de los cristianos. La jerarquía de los lamas, sus instituciones monásticas, sus iglesias y sus ceremonias, se parecían tan exactamente á las nuestras, que parecía que por necesidad había existido alguna conexion entre los dos cultos. Los primeros misioneros no consideraron el culto de Lama sino como una especie de Cristianismo degenerado, un vestigio de las sectas sirias que penetraran antiguamente en aquellas apartadas regiones del Asia (3).

Pero otros hicieron un uso muy diferente de esta semejanza. «Frecuentes aserciones misteriosas y algunas sospechas mal reprimidas que se encuentran en las obras de ciertos sabios, dice un orientalista muy llorado, cuya memoria tendré ocasion de citar á este propósito, indujeron á varios críticos á preguntar si la teocracia de los lamas era una reliquia de las sectas cristianas, ó por el contrario, si era el modelo antiguo y primitivo, por el cual se habían formado las instituciones de la misma clase en otras partes del mundo. Tales eran las ideas que se sacaban de las notas del viaje del P. Andrada, de las de las traducciones francesas de Thumberg, de las traducciones de las investigaciones asiáticas y de otras varias obras modernas, en que la irreligion procuraba ocultarse bajo el velo de una erudicion superficial y engañosa (4).» «De estas semejanzas, dice Malte-Brun, se hicieron armas

(1) Por lo que se ha dicho en el texto, parece probable que la rebelion de Babilonia ocurrió durante la expedicion de Sennaquerib contra la Judea y el Egipto.

(2) Isaias, XXXIX, 25.

(3) Abel Rémusat, *Exámen de una memoria intitulada: Investigaciones cronológicas sobre el origen de la jerarquía lamaica*, reimpressa en las misceláneas asiáticas; Paris, 1825.

(4) *Ibid.*, nota 2, *Misceláneas*.